

Evocación del General Arenales en el Bicentenario de su nacimiento

por
MARIANO
DE ECHAZU
LEZICA

CON TEMPERAMENTO para la lucha, Juan Antonio Alvarez de Arenales protagonizó una vida tensa y compleja como la historia de Suramérica durante el sangriento período de la guerra de la Independencia. Vivió 61 años: de 1770 a 1831. Había nacido en el propio corazón de España, en Castilla la Vieja, en esa tierra que tan bellamente cantara el poeta Antonio Machado, mística y guerrera, visionaria y soñolienta, de labriegos con talante de señores y pastores de color de los caminos.

Cuando cumplió 14 años de edad, abandonó España, atravesó el océano Atlántico, desembarcó en el continente americano por el puerto de Santa María de Buenos Aires, y tras guerrear y envejecer durante 47 años en los actuales territorios de la Argentina, Uruguay, Bolivia, Chile y Perú, murió sexagenario en el desamparado caserío de Moraya (Bolivia) a pocas leguas de la provincia de Salta.

Varios de sus coetáneos más afamados en el arte de la guerra o en los negocios de Estado reconocieron sus singulares dotes intelectuales y morales, su energía valerosa, su generosidad de corazón. El Libertador Gral. San Martín ponderó la honradez acrisolada, la habitual prudencia y la serenidad del coraje de su dilecto compañero de armas. Y el benemérito Gral. Belgrano —nacido con pocos días de diferencia en el mismo mes y año que Arenales— destacó reiteradamente sus notorios servicios a la patria y lo contó entre sus amigos más admirados. Por su parte el Brigadier Rondeau señaló su firmeza incontestable, el patriotismo acreditado y sobre todo el empeño a toda prueba con que supo "sostener la gran causa de América".

Su vida fue una rara síntesis de guerrero heroico y estadista sensato. Conquistó gradualmente los ascensos militares desde sus primeras campañas contra los portugueses en la Banda Oriental —bajo los últimos virreyes—, hasta su postrer expe-

dición en el Alto Perú, contra el empecinado Olañeta en 1825, época en la que ya ostentaba los honrosos grados de Mariscal de Campo del Estado de Chile, Gran Mariscal del Perú y General de las Provincias de la Unión, a los cuales se sumaría, en octubre de 1826, un nuevo grado, al remitírsele desde Buenos Aires el despacho de Brigadier General de los Ejércitos Nacionales de su patria adoptiva, la República Argentina. Paralelamente, su actuación en el ámbito político se inició en el año 1795, y culminó entre los años 1824-1827 con el cargo de Gobernador y Capitán General de la provincia de Salta.

Antes del año 1810, luego de su bautismo de fuego en la Banda Oriental, comenzó a demostrar sus particulares condiciones de hombre de gobierno, al ser designado Juez Real Subdelegado del partido de Arque, y luego, sucesivamente, de los partidos de Cinti y Yamparáez, jurisdicciones pertenecientes a las provincias de Cochabamba y Chuquisaca, como se recordará, partes integrantes del Virreynato del Río de la Plata. Desde estas funciones se destacó enseguida como un notable renovador de las instituciones políticas y administrativas que estaban a su cargo y demostró poseer una sagaz comprensión de las masas indígenas del Alto Perú, a las que protegió de abusos, impidiendo su injusta explotación por autoridades que desvirtuaban la noble legislación de los Monarcas españoles.

En efecto, en el espacio de poco más de una década, reorganizó la administración de justicia y la policía de campaña, reglamentó equitativamente la percepción de los reales tributos que pesaban sobre la población indígena, reforzó las guarniciones de los fuertes de Paspaya, San Isidro, Carapari y Pampa Grande, ubicados en la frontera de las grandes regiones dominadas por los bravíos indios chiriguano; realizó una escrupulosa recaudación de los derechos de regalía, estanco del tabaco y al-

EVOCACION DEL GENERAL ARENALES...

Luego de largos años de lucha, en los que Arenales alcanzó merecida fama en diferentes regiones de América del Sur, al fin volvió a vislumbrarse en el territorio de las Provincias Unidas del Río de la Plata una nueva paz. Cuando, a comienzos del año 1824, el presentimiento del fin de la guerra era casi un hecho real, el Gral. Arenales fue electo Gobernador de la provincia de Salta. Un nuevo campo de posibilidades se abrió ante sus ojos, habituados a seguir —entre el humo de la pólvora— los movimientos de las tropas. A los 53 años de edad, el hombre de Estado reapareció vigorosamente tras su azulado uniforme militar, realzado por gloriosas condecoraciones.

En un esforzado intento por elevar el nivel de vida de los pueblos, confluídos a su administración, Alvarez de Arenales realizó durante un trienio, con la principal colaboración del Dr. Teodoro Sánchez de Bustamante y el firme apoyo de la legislatura salteña, uno de los gobiernos más fecundos que tuvo la provincia de Salta, como bien señalara Atílio Cornejo. Podrá apreciarse el acierto de esta opinión en la breve síntesis de su obra de gobierno que a continuación presentamos: afirmó el orden y la justicia, haciendo respetar los derechos individuales y las libertades políticas; reformó la administración de justicia y simplificó los procedimientos judiciales, ahorrando trámites y gastos en la substanciación de las causas; fortaleció el Poder Legislativo, respetando las decisiones de los representantes provinciales; procedió a la creación del Departamento de Policía; se preocupó por la educación de la juventud y por todo lo que se vinculara con la cultura; estuvo atento a los intereses diplomáticos del país, velando por su integridad territorial, al afirmar ante el Libertador Bolívar los derechos argentinos sobre Tarija, el partido de Atacama y el de Chichas; trató de evitar la pérdida de las provincias altoperuanas, y, ante el hecho consumado, estableció cordiales relaciones con la nueva República de Bolivia; dictó una ley de amnistía que permitió retornar a Salta a todos los exilados políticos; otorgó una generosa hospitalidad a los españoles expulsados del Perú; colaboró activamente con el Poder Ejecutivo Nacional para el buen éxito de las armas nacionales en la guerra contra el Imperio del Brasil, destacando tropas salteñas, jujeñas y tarijeñas hacia el teatro de la guerra; promovió la unidad nacional, reconociendo y apoyando al Congreso General Constituyente, reunido en Buenos Aires; mantuvo estrechos vínculos con los gobiernos de las otras provincias, siempre guiado por el pensamiento de que "a la unidad

lo debemos todo, y todas nuestras lágrimas a las divisiones"; reestructuró el sistema de rentas; buscó unir por vía fluvial la provincia de Salta con el puerto de Buenos Aires a través de la navegación del río Bermejo; organizó servicios sociales para los desamparados; en una palabra, trató de concretar el principio de que "los gobiernos son para los pueblos, y no éstos para los gobernantes".

Para completar esta breve semblanza, conviene poner de relieve cuál fue el sentimiento capital que dominó al prócer, sentimiento que explica en buena medida su fecunda existencia: un apasionado amor por la libertad y felicidad de América y por la independencia de su patria adoptiva, la Argentina, que, como en todo auténtico amor, la hizo suya por libérrima elección.

Un fiel testimonio de ese profundo amor que dominaba al Gral. Arenales, lo encontramos en un documento hasta ahora inédito, que enseguida transcribiremos, y cuya redacción se debió a las siguientes circunstancias: como resultado de un estado general de debilidad física y una "fiebre biliosa y fuerte calentura" que le atacara en la localidad de Chayanta, a fines de octubre del año 1815, el prócer solicitó —con fecha 10 de noviembre— desde el valle de San Pedro de Buenavista, donde convalecía por prescripción médica, el retiro del Ejército Auxiliar del Perú.

Aún se hallaba a la espera de la respuesta del gobierno de Buenos Aires, cuando le llegó la noticia del terrible desastre de Sipe-Sipe, producido el 29 de noviembre, que descalabró completamente el ejército que comandaba el Brigadier Rondeau. Entonces, ante el grave peligro que corrían las provincias del Alto Perú y las fronteras de la provincia de Salta, el Gral. Arenales, a los 45 años de edad, olvidando su enfermedad y sus achaques, se dirigió rápidamente hacia Cochabamba, con la intención de ayudar en lo que pudiera. Pero al llegar al caserío de Carasa comprendió que nada podía hacerse en esa región, por el desbande incontenible de las tropas derrotadas. En consecuencia varió el rumbo y se encaminó a Chuquisaca, punto de reunión del ejército.

Desde esa ciudad, el día 7 de diciembre de 1815, escribió al Supremo Director interino del Estado uno de los documentos más nobles y emocionantes de la historia de nuestra emancipación. Dice así:

"Exmo. Sr.:

"A consecuencia del peligroso ataque que experimenté en Chayanta, a fines de octubre de este año, me vi en la no menos

dura que sensible necesidad de dirigir a las Superiores manos de V. E. por conducto de mi apoderado en ésa, una representación sumisa, en que indicando brevemente el estado trabajoso de mi salud quebrantada, mis achaques resultado de la Campaña que sostuve constantemente contra los enemigos del país, por climas muy enfermizos, y el desconsolante abandono a que se ve reducida mi familia en Salta, desde que por cumplir los deberes de ciudadano en Mayo de 809, a principios de la revolución en Chuquisaca, olvidé los de padre, esposo y tutelar de aquélla, constituyéndome el objeto del odio, de la persecución y la venganza de los crueles mandatarios del Gobierno de Lima, tuve el honor de suplicar a V. E. que si merecían alguna consideración mis pequeños servicios se dignare concederme un retiro honroso.

"Los negocios políticos y militares del Estado presentaban entonces un aspecto lisonjero y decisivo; este Ejército Auxiliar del Perú se hallaba en el pie más brillante y ventajoso; los enemigos aterrados con su aproximación, adoptaban medidas para ponerse en seguridad: todo anunciaba ya el término feliz de la Campaña. Esta perspectiva favorable entró en parte de los motivos que me decidieron a interponer aquella súplica: juzgué que la Patria no reclamaba ya los servicios del menor de sus hijos; pero variado aquél prospecto con el contraste experimentado en la jornada de Sipe-Sipe el 29 de noviembre anterior, creo que ni la ruina de mi salud, ni los reclamos de mi familia deben obligarme a dejar el Ejército en sus conflictos.

"Con estos sentimientos, sin embargo de no haber logrado aún restablecerme, estoy nuevamente resuelto a hacer el último sacrificio por la salvación del País, a consagrar en su obsequio los restos de mi existencia, y a renunciar aquella gracia (si V. E. hubiere tenido a bien el concedérmela) mientras duren los peligros que en el día amenazan a la Patria". (1).

Este elocuente oficio se cruzó en el camino de postas con la respuesta negativa que daba el gobierno de Buenos Aires a su anterior pedido de retiro —negativa que hacía inútil el ejemplar documento transcrito—, respuesta que sin embargo no llegó a manos de Arenales. Recién en febrero de 1816, hallándose el prócer en la ciu-

ADURIZ S. A.

INDUSTRIAL, COMERCIAL

Y FINANCIERA

SUCURSALES EN EL INTERIOR



Casa Central:

ALSINA 1382

BUENOS AIRES

dad de Salta, fue notificado por su jefe el Brigadier Rondeau, de la denegación que se había hecho a su solicitud. Impuesto de esa resolución, Arenales decidió escribir nuevamente al Supremo Director interino del Estado, con fecha 4 de febrero, adjuntándole una copia del oficio del 7 de diciembre —que suponía ya en su poder— y expresándole, además, que aunque no había recibido la comunicación que se le hacía saber, tenía por bastante la transmitida por su jefe, ratificando por otra parte lo expuesto en su anterior oficio y esperando que "la bondad de ese Supremo Directorio quede satisfecho de la sinceridad de mis buenos deseos y de los verdaderos sentimientos que constantemente animan a este obediente defensor de la justa causa de nuestra América".

En estas últimas palabras, con humilde e inconsciente lucidez, el Gral. Arenales dejaba señalado a la posteridad el más alto título de su gloria: "defensor de la justa causa de nuestra América". ♦

(1) Archivo General de la Nación, sala X, 4-1-3, Ejército Auxiliar del Perú, año 1816. El documento fechado el 4 de febrero de 1816 que asimismo damos a conocer, se encuentra en idéntica ubicación.